

Yukio Mishima

Nieve de primavera

El mar de la fertilidad (1)



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Haru No Yuki*
Traducción de: Domingo Manfredi

Primera edición: 2007
Segunda edición: 2010
Novena reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1969, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved
© de la traducción: Herederos de Domingo Manfredi
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-6444-6
Depósito legal: B. 34.128-2010
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
22	Capítulo 2
31	Capítulo 3
42	Capítulo 4
49	Capítulo 5
63	Capítulo 6
76	Capítulo 7
87	Capítulo 8
94	Capítulo 9
101	Capítulo 10
112	Capítulo 11
117	Capítulo 12
125	Capítulo 13
138	Capítulo 14
146	Capítulo 15
151	Capítulo 16
159	Capítulo 17
166	Capítulo 18
178	Capítulo 19
183	Capítulo 20
193	Capítulo 21
202	Capítulo 22
212	Capítulo 23
223	Capítulo 24

239	Capítulo 25
241	Capítulo 26
250	Capítulo 27
259	Capítulo 28
266	Capítulo 29
280	Capítulo 30
286	Capítulo 31
294	Capítulo 32
301	Capítulo 33
310	Capítulo 34
326	Capítulo 35
336	Capítulo 36
340	Capítulo 37
356	Capítulo 38
366	Capítulo 39
382	Capítulo 40
389	Capítulo 41
400	Capítulo 42
409	Capítulo 43
416	Capítulo 44
424	Capítulo 45
432	Capítulo 46
439	Capítulo 47
449	Capítulo 48
455	Capítulo 49
463	Capítulo 50
469	Capítulo 51
479	Capítulo 52
487	Capítulo 53
491	Capítulo 54
501	Capítulo 55

Capítulo 1

Cuando la conversación en el colegio cambió a la guerra ruso-japonesa, Kiyooki Matsugae preguntó a su más íntimo amigo, Shigekuni Honda, cuánto podía recordar sobre el particular. Los recuerdos de Shigekuni eran vagos; escasamente recordaba haber sido llevado una vez hasta la puerta de la verja para ver pasar un desfile de antorchas. El año en que terminó la guerra, los dos habían cumplido los once años, y a Kiyooki le parecía que debían poder recordar con un poco más de exactitud. Sus compañeros de clase que hablaban de la guerra con tanta habilidad se limitaban en su mayoría a embellecer unos recuerdos borrosos con informaciones que habían recogido de los mayores.

En la guerra habían muerto dos miembros de la familia Matsugae, tíos de Kiyooki. Su abuela recibía una pensión del gobierno, gracias a estos dos hijos que había perdido, pero ella nunca hizo uso de ese dinero; dejaba

los sobres sin abrir sobre el anaquel del santuario de la casa. Tal fue por lo que la fotografía que más impresionó a Kiyooki de toda la colección de fotografías de guerra de la casa fue una titulada «Proximidades del Templo de Tokuri; servicios religiosos por los muertos de la guerra», fechada el 26 de junio de 1904, el año treinta y siete de la era Meiji. Esta fotografía en sepia era totalmente distinta de los habituales momentos de guerra. Había sido realizada con la vista del artista puesta en la estructura: en realidad parecía como si los millares de soldados presentes estuvieran preparados deliberadamente, como las figuras de un cuadro, para centrar toda la atención del observador en el alto cenotafio de madera sin pintar situado en el centro. En la distancia, las montañas se recortaban suavemente en la neblina, alzándose en pequeños estrados a la izquierda del cuadro, lejos de la amplia llanura. A la derecha, emergían en la distancia diseminados grupos de árboles, perdiéndose en el polvo amarillento del horizonte. Y aquí, en lugar de montañas, había una fila de árboles que se hacían más altos a medida que la mirada se dirigía a la derecha; un cielo amarillo se dejaba ver por entre los claros de las ramas. En primer plano destacaban seis árboles muy altos a intervalos estudiados, colocados de forma que complementaban la armonía general del paisaje. Resultaba imposible determinar qué clase de árboles eran. Sus espesas ramas superiores tenían al inclinarse con el viento una grandeza trágica.

La extensión de la llanura resplandecía débilmente; por este lado de las montañas, la vegetación era baja y escasa. En el centro del cuadro, diminuto, estaba el ceno-

tafio de madera y el altar con flores, doblado por el viento el blanco paño.

En el resto no se veían más que soldados, millares de soldados. En el fondo se habían separado de la cámara para dejar ver las blancas borlas de sus gorros y las correas de cuero que cruzaban sus espaldas. No estaban formados en filas rigurosas, sino amontonados en grupos, con la cabeza inclinada. Un pequeño grupo del ángulo inferior izquierdo había vuelto la cara entristecida hacia la cámara, como figuras de una pintura del Renacimiento. Más al fondo, detrás de ellos, una multitud de soldados se prolongaba en un inmenso semicírculo hasta los extremos de la llanura, en número tan crecido que era imposible distinguir unos de otros. Todavía parecían más agrupados en la lejanía, entre los árboles.

Las figuras de estos soldados, tanto en el primer plano como en el fondo, estaban bañadas con una extraña media luz, que perfilaba las polainas y las botas y destacaba las curvas de los hombros rendidos, así como la parte de la nuca. Esta luz cargaba toda la fotografía con una sensación de dolor indescriptible.

De estos hombres emanaba una emoción tangible, que irrumpía en oleadas contra el pequeño altar blanco, las flores y el cenotafio central. De esta enorme masa que se extendía hasta el borde de la llanura brotaba una idea única, por encima de todo el poder de la expresión humana, como un grande y pesado anillo de hierro.

Kiyooki tenía dieciocho años. Nada de la casa donde había nacido explicaría su sensibilidad, su inclinación a la melancolía. Hubiera sido muy difícil encontrar en

aquella extensa casa, construida en un altozano cerca de Shibuya, a una persona que en algún modo compartiera su sensibilidad. Se trataba de una vieja familia samurái, pero el padre de Kiyooki, marqués de Matsugae, confuso por la humilde posición que habían ocupado sus antepasados recientemente al final del shogunato, cincuenta años atrás, había enviado al muchacho, cuando todavía era un niño muy pequeño, para ser educado en la casa de un noble de la Corte. De no haberlo hecho así, Kiyooki no hubiera sido un joven tan sensible.

La residencia del marqués de Matsugae ocupaba un gran espacio de terreno más allá de Shibuya, en los arrabales de Tokio. Los muchos edificios se extendían sobre una superficie de más de cien acres, alzándose sus tejados en un impresionante equilibrio. La cara principal era de arquitectura japonesa, pero en un rincón del parque sobresalía una imponente casa de estilo occidental diseñada por un inglés. Se decía que era una de las cuatro grandes residencias del Japón. La primera, sin duda, era la del mariscal Oyama, en la que podía entrarse con zapatos de calle.

En medio del parque se extendía un gran estanque que llegaba al pie de una colina cubierta de árboles. El estanque tenía espacio suficiente para cruzarlo en barca. Había una isla en el centro con lirios de agua y flores aromáticas, que podían ser recogidas para la cocina. El salón de la casa principal daba al estanque, lo mismo que el salón de banquetes de la casa de estilo occidental.

Unos trescientos mojones de piedra estaban diseminados al azar a lo largo de los márgenes y en la propia isla, en la que también había tres grúas de hierro, dos exten-

diendo sus largos cuellos hacia el cielo y la tercera con la cabeza inclinada hacia abajo.

El agua brotaba del manantial, en la cresta de la colina, y descendía por las laderas formando varias cascadas; luego la corriente pasaba por debajo de un puente de piedra, entraba en una piscina matizada con rocas de color rojo de la isla de Sado, para ir a caer en el estanque por un lugar donde en su tiempo florecían mil plantas silvestres. En el estanque había carpas de invierno. Dos veces al año permitía el marqués a los escolares entrar allí durante sus giras.

Cuando Kiyooki era niño, los criados le asustaban con historias sobre tortugas voraces. Hacía mucho tiempo ya, cuando su abuelo estuvo enfermo, un amigo le había regalado un centenar de tortugas con la esperanza de que su carne restableciera sus fuerzas. Echadas en el estanque, se multiplicaron rápidamente. Los criados habían dicho a Kiyooki que si una tortuga lograba alcanzarle un dedo con la boca, significaría el final del dedo.

Había varios pabellones para la ceremonia del té, y un gran salón de billar. Detrás de la casa crecían en abundancia las batatas silvestres, y había una alameda de cipreses, plantados por el abuelo de Kiyooki, con dos senderos. Uno llevaba a la puerta de atrás, y el otro subía por una pequeña colina hasta la meseta, donde destacaba un santuario en el ángulo de una amplia extensión sembrada de hierba. Allí estaban sepultados su abuelo y dos tíos. Los peldaños, faroles y los *torii*, todo de piedra, eran los tradicionales, pero a uno y otro lado de los peldaños, en lugar de los habituales perros-león, habían sido colocados en el suelo un par de obuses de la guerra

ruso-japonesa, pintados de blanco. Un poco más abajo había un santuario dedicado a Inari, dios de las cosechas, detrás de un magnífico seto de enredaderas. El aniversario de la muerte de su abuelo caía a finales de mayo; por tanto las plantas del seto estaban siempre en todo su esplendor cuando se reunía la familia para celebrar los servicios religiosos, y las mujeres se amparaban bajo su sombra para protegerse de los rayos del sol. Sus caras blancas, empolvadas aún con mayor meticulosidad que de costumbre para la ocasión, parecían allí como tocadas de color violeta, como si sobre sus mejillas hubiese caído cierta sombra de muerte.

Las mujeres: nadie podría contar con exactitud el crecido número de mujeres que vivían en la mansión de Matsugae. La abuela de Kiyooki, por supuesto, tenía precedencia sobre todas ellas, aunque prefería vivir retirada a cierta distancia de la casa principal, con ocho doncellas para atender sus necesidades. Todas las mañanas, con lluvia o con sol, la madre de Kiyooki, acabada de vestirse, se dirigía inmediatamente, acompañada de dos doncellas, a rendir sus respetos a la anciana dama. Y todos los días la anciana dama escudriñaba el aspecto de su nuera.

—Ese peinado no te favorece. ¿Por qué no te haces para mañana un peinado de estilo de cuello alto? Estoy segura de que te caerá mucho mejor —decía con ojos cariñosos, para cuando al día siguiente apareciera con el peinado al estilo occidental comentarle—: En realidad, Tsujiko, ese peinado de estilo de cuello alto no le va bien a una belleza japonesa tan a la antigua como tú. Por favor, prueba para mañana el estilo Marumage.

Y así, durante todo el tiempo que Kiyooki podía recordar, el peinado de su madre había estado experimentando cambios perpetuos.

Los peluqueros y sus ayudantes estaban ocupados constantemente. Y no sólo requería sus servicios el peinado de su madre, sino que tenían que peinar también a más de cuarenta doncellas. Sin embargo, sólo en una ocasión habían mostrado preocupación por el pelo de un miembro masculino de la casa. Fue cuando Kiyooki estaba en su primer curso en la Escuela Agregada de los Pares. Le había caído el honor de ser seleccionado para actuar como paje en las festividades del Año Nuevo, en el Palacio Imperial.

—Sé que las personas de la escuela desean que parezcas un pequeño monje —decía uno de los peluqueros—, pero esa cabeza afeitada no iría bien con tu elegante vestido.

—Pero me van a reñir si llevo el cabello largo.

—Muy bien, muy bien —repuso el peluquero—. Déjame ver cómo mejorarlo. En todo caso llevarás sombrero, pero creo que podemos arreglar las cosas para que cuando te lo quites sobresalgas en brillantez sobre todos los demás jóvenes caballeros.

Eso es lo que dijo, pero Kiyooki a los trece años se había cortado el pelo. Cuando el peluquero le peinaba, el peine le hacía daño y la loción del cabello le escocía la cabeza. A pesar de toda la destreza del peluquero, la cabeza reflejada en el espejo no parecía distinta a la de cualquier otro muchacho; y sin embargo, en el banquete Kiyooki fue elogiado por su extraordinaria belleza.

En una ocasión, el Emperador Meiji había honrado con su presencia la residencia de los Matsugae. Para aga-

sajar a su Majestad Imperial se había organizado una exhibición de lucha sumo, junto a un enorme árbol ginkgo, alrededor del cual se había delimitado un espacio de terreno. El Emperador contemplaba el espectáculo desde un balcón, en el segundo piso de la casa occidental. Kiyooki confió al peluquero que en aquella ocasión le había sido permitido aparecer ante el Emperador, y su Majestad se había dignado acariciarle la cabeza.

Eso había tenido lugar hacía cuatro años, pero parecía poco posible que el Emperador recordara la cabeza de un simple paje visto una vez en las festividades del Año Nuevo.

—¿De veras? —exclamó el peluquero abrumado—. Joven amo, ¿usted quiere decir que fue acariciado por el Emperador en persona? —Al decir esto, se deslizó sobre el suelo del tatami, apretando las manos fervorosamente, en auténtica reverencia al muchacho.

El uniforme de un paje para asistir a una dama de la Corte consistía en una chaquetilla de terciopelo azul, y pantalones que llegaban justo por debajo de las rodillas. Por ambos lados de la chaquetilla caían cuatro borlas blancas. Había otras en las mangas y en los pantalones. El paje llevaba espada en la cintura, medias blancas y zapatos abrochados con botones de esmalte negro. En el centro de su amplio cuello de encajes iba anudada una corbata de seda blanca, y un sombrero tricornio, adornado con una gran pluma de ave, que caía por la espalda, sujeta por una cinta de seda.

Cada Año Nuevo, alrededor de veinte hijos de la nobleza, con sobresalientes expedientes escolares, eran escogidos para hacer turnos, en grupos de cuatro, junto a

la Emperatriz, o en grupos de dos junto a las princesas, durante los tres días de las festividades. Kiyooki acompañó a la Emperatriz una vez, y otra a la princesa Kasuga. Cuando le llegó el turno con la Emperatriz, ella había llegado con solemne dignidad por los pasillos fragantes de incienso y almizcle, quemados por los servidores de palacio, y él había permanecido detrás de ella durante la audiencia. Era una mujer de gran elegancia e inteligencia, pero por aquel entonces, ya mayor, estaba cercana a los sesenta años. La princesa Kasuga, sin embargo, no pasaba mucho de los treinta. Hermosa, elegante, imponente, era como una flor en el momento de su mayor perfección.

Aún ahora, Kiyooki recordaba menos el sobrio atuendo de la Emperatriz que el espléndido armiño de la princesa, salpicado de perlas. La cola del traje de la Emperatriz tenía cuatro especies de ojales para las manos de los pajes, mientras que el de la princesa sólo llevaba dos. Kiyooki y los otros habían sido adiestrados tan exhaustivamente que no tenían ninguna dificultad en sujetarse con firmeza, mientras avanzaban.

El cabello de la princesa Kasuga tenía brillo y negrura de laca. Visto por detrás, aquel cuidadoso peinado parecía disolverse en su nuca, dejando las trenzas sueltas sobre sus hombros desnudos, cuyo débil brillo embellecía el escote.

Se mantenía muy erguida y caminaba hacia adelante con paso firme, sin ningún temor para quienes llevaban su cola, pero a los ojos de Kiyooki aquel enorme abanico de piel blanca parecía brillar y desvanecerse con el sonido de la música, como un pico cubierto de nieve,

oculto primero, y luego visible, por un grupo de nubes. En ese momento, por vez primera en su vida, se vio sorprendido por la fuerza de la belleza femenina, y la explosión deslumbrante de elegancia, que hizo enardecer sus sentidos.

El uso pródigo que la princesa Kasuga hacía del perfume francés se había extendido a su vestido, y su fragancia anulaba el olor del almizcle y del incienso. En un punto del pasillo, Kiyooki tropezó. La princesa volvió ligeramente la cabeza, y como señal de que no estaba en absoluto ofendida sonrió suavemente al joven. Aquel gesto pasó inadvertido. Con el cuerpo perfectamente activo, en aquel breve movimiento de cabeza había concedido a Kiyooki una mirada fugaz. En aquel instante cayó sobre su blanca mejilla un mechón de pelo, y por el rabillo del ojo se dejó traslucir una sonrisa veloz como un relámpago. Pero la línea de su nariz no se movió. Como si nada hubiera sucedido... El perfil fugaz de la cara de la princesa, demasiado rápido para ser llamado honestamente perfil, hizo a Kiyooki sentirse como si hubiera visto resplandecer un arco iris durante un instante en un prisma de puro cristal.

Su padre, el marqués de Matsugae, observaba la participación de su hijo en las festividades, admirando el aspecto brillante del muchacho en su precioso atuendo ceremonial, y saboreando la propia complacencia del hombre que ve cumplido el sueño de toda su vida. Este triunfo disipó sus temores de parecer un impostor, por sus intentos de presentarse como apto para recibir al Emperador en su propia casa. Ahora, en la persona de su hijo, el marqués había visto la fusión definitiva de las

tradiciones aristocrática y samurái, congruencia perfecta entre los antiguos nobles de la Corte y la nueva nobleza.

De todos modos, a medida que la ceremonia continuaba, la satisfacción del marqués por los elogios prodigados por el público al muchacho se cambió en inquietud. A los trece años, Kiyooki era demasiado apuesto. Dejando a un lado su natural afecto por su hijo, el marqués no podía menos de advertir que destacaba de los otros pajes. Sus pálidas mejillas tomaban color carmesí cuando estaba excitado, sus cejas estaban agudamente definidas y sus grandes ojos, todavía con seriedad infantil, estaban enmarcados por unas largas pestañas. Eran negros, y había en ellos una luz seductora. El marqués estaba excitado por los cumplidos ante la belleza excepcional de su hijo y heredero, y sintió preocupación por ello. Estaba bajo los efectos de una premonición incómoda. Pero como era hombre extremadamente optimista, se olvidó de todo aquel desconcierto tan pronto como terminó la ceremonia.

Aprensiones similares eran normales en el joven Iinuma, que había ido a vivir a casa de los Matsugae con diecisiete años, el anterior al servicio de Kiyooki como paje. Iinuma había sido recomendado como tutor personal de Kiyooki por la escuela de Kagoshima, y enviado con los Matsugae con testimonios sobre sus facultades mentales y físicas. El padre del actual marqués era reverenciado en Kagoshima como un dios poderoso y feroz, e Iinuma había aceptado la vida en casa de los Matsugae tal como lo había oído en el colegio al hablar de las hazañas del

anterior marqués. En su año con ellos, sin embargo, su forma de vida había echado por tierra algunas esperanzas y herido sus juveniles sensibilidades puritanas.

Podía cerrar los ojos a otras cosas, pero no a Kiyooki, que era su responsabilidad personal. Todo Kiyooki, sus miradas, su delicadeza, su sensibilidad, sus cambios de pensamiento, sus intereses, pesaba sobre Inuma. Y la actitud del marqués y la marquesa en relación con la educación de su hijo le afligía igualmente.

—Yo nunca educaré a un hijo mío de tal manera, aunque me hagan marqués. ¿Qué supone usted que el marquésado añadirá a los principios de su propio padre?

El marqués era puntilloso en cuanto a la observación de los ritos anuales por su padre, pero casi nunca hablaba de él. Al principio, Inuma esperaba que el marqués hablaría más a menudo de su padre y de sus recuerdos, pero en el transcurso del año tales esperanzas vacilaron y se desvanecieron.

La noche que Kiyooki volvió a casa después de cumplir con sus deberes como Paje Imperial, el marqués y su esposa dieron una cena familiar y privada para celebrar el acontecimiento. Cuando llegó la hora de que Kiyooki se fuera a la cama, Inuma le acompañó hasta su habitación. Las mejillas del muchacho de trece años estaban sonrosadas por el vino que su padre, medio en broma, le había obligado a beber. Se escondió entre las colchas de seda, dejó caer la cabeza sobre la almohada y se durmió con respiración dificultosa. Sus venas azules se estremecían, y la piel era tan transparente que casi se veía el frágil mecanismo interior. Aun en la media luz de la habitación, sus labios aparecían enrojecidos.

Iinuma comprendió que era inútil esperar que el muchacho hiciera los juramentos entusiastas de lealtad hacia el Emperador que una noche como aquella habría provocado en cualquier joven normal japonés, camino de la virilidad, privilegiado con la realización de tarea tan honrosa.

Kiyoaki estaba recostado de espaldas, mirando al techo, con los ojos llenos de lágrimas. Kiyoaki, que sentía demasiado calor, sacó los brazos desnudos y empezó a doblarlos detrás de la cabeza. Iinuma le amonestó, y le cerró el cuello suelto de su bata de dormir.

–Vas a coger un catarro. Ahora debes dormirte.

–Iinuma, yo... he cometido un error hoy. Si me prometes no decir nada a mis padres te diré de qué se trata.

–¿Qué fue?

–Hoy, cuando llevaba la cola de la princesa tropecé ligeramente. Pero la princesa me sonrió y me perdonó.

Iinuma se sintió molesto por palabras tan frívolas, por la ausencia de todo sentido de responsabilidad, por la mirada de arrobamiento que había en aquellos ojos, por todo...

Capítulo 2

Apenas sorprendió entonces que a Kiyooki, cumplidos los dieciocho años, sus preocupaciones le hubieran servido para alejarse cada vez más de lo que le rodeaba. Había crecido aislado, no sólo de su propia familia. Los profesores de la escuela habían inculcado en sus alumnos el noble y supremo ejemplo del general Nogi, que se había suicidado para seguir a su Emperador en la muerte; y cuando comenzaron a recalcar el significado de aquel acto, sugiriendo que la tradición habría sido muy pobre si el general hubiera muerto enfermo en su cama, una atmósfera de sencillez espartana comenzó a inundar la escuela. Kiyooki, que sentía aversión a todo militarismo, llegó a detestar la escuela por esta sola razón.

Su único amigo era su compañero de clase Shigekuni Honda. Había por supuesto otros muchos que se habrían sentido satisfechos con ser amigos de Kiyooki,

pero a él no le gustaba la tosquedad juvenil de sus discípulos. Huía de sus formas ásperas, y se sentía más repelido por su crudo sentimentalismo cuando cantaban ruidosamente el himno del colegio. Kiyooki se vio atraído sólo hacia Honda, por su temperamento tranquilo, ordenado, racional, inusitado en un muchacho de su edad. Aun así, ambos tenían poco en común en cuanto a aspecto y temperamento.

Honda parecía mayor de lo que era. Aunque de facciones ordinarias, asumía a veces un aire pomposo sin quererlo. Estaba interesado en estudiar Derecho, y dotado de una viva intuición, que trataba de disimular. Al mirarle, creíase que era indiferente a los placeres sensuales, pero había momentos en que parecía enardecido por alguna pasión profunda. En estas ocasiones, Honda, que mantenía la boca cerrada casi siempre, como mantenía encogidos sus ojos un tanto miopes, y las cejas fruncidas, abría los labios.

Kiyooki y Honda eran quizá tan diferentes en su constitución como la flor y la hoja en una misma planta. Kiyooki, incapaz de ocultar su verdadera naturaleza, estaba indefenso ante el poder de la sociedad para infligirle dolores. Su todavía no despertada sensualidad yacía latente en él, desvalido como un cachorrito bajo las lluvias de marzo, tiritándole el cuerpo, con los ojos y la nariz azotados por el agua. Honda, por otro lado, había captado desde edad muy temprana dónde estaba el peligro, decidiendo protegerse de todas las tormentas, cualquiera que fuera su atractivo.

A pesar de todo esto, sin embargo, eran amigos íntimos. No contentos con verse en el colegio, pasarían tam-

bién juntos los domingos en la casa del uno o del otro. Y como la hacienda de Matsugae tenía más que ofrecer en cuanto a paseos y otras diversiones, Honda ordinariamente iba a casa de Kiyooki.

Un domingo de octubre, de 1912, el primer año de la era Taisho, una tarde en que los arces estaban casi en floración, Honda llegó a la habitación de Kiyooki para sugerirle que podían dar un paseo en bote por el estanque. De haber sido un año como cualquier otro, habría habido un creciente número de visitantes para admirar los frondosos arces, pero como los Matsugae guardaban luto desde la muerte del Emperador el verano anterior, habían suspendido todas las actividades sociales. En el parque dominaba una calma extraordinaria.

—Bueno, si tú lo quieres. El bote admite a tres. Llevaremos a Inuma para que se encargue de los remos.

—¿Por qué hemos de necesitar a nadie que reme? Yo remaré... —dijo Honda, recordando la expresión dura del joven que acababa de escoltarle hasta la habitación de Kiyooki, con obsequiosidad silenciosa e inflexible.

—No te simpatiza, ¿verdad, Honda? —sonrió Kiyooki.

—No es que no me simpatice. Es que durante todo el tiempo que le conozco no he podido determinar aún qué hay dentro de esa cabeza.

—Lleva aquí seis años, por lo que yo le doy por tan inevitable como el aire que respiro. Ciertamente no nos miramos cara a cara, pero está dedicado a mí de todos modos. Es leal, estudia mucho y puedo confiar en él.

La habitación de Kiyooki estaba en la segunda planta, mirando al estanque. Originalmente había tenido estilo japonés, pero luego volvió a ser decorada en estilo más

occidental, con alfombra y mobiliario adecuados. Honda se sentó sobre el antepecho de la ventana. Desde allí alcanzaba a ver toda la extensión del estanque, la isla y la colina poblada de arces al fondo. El agua permanecía mansa bajo el sol de la tarde. Justo debajo de él, se veían los botes, en una pequeña ensenada.

Mientras lo miraba todo, meditaba sobre la falta de entusiasmo de su amigo. Kiyooki nunca tomaba la iniciativa, aunque algunas veces accediera, con aire de manifiesto aburrimiento, sólo para disfrutar a su modo. Entonces el papel de guía siempre descansaba en Honda, cuando la pareja decidía hacer alguna cosa.

—Puedes ver los botes, ¿verdad? —preguntó Kiyooki.

—Sí, desde luego que los veo —repuso Honda, mirándole dubitativamente.

¿Qué quería decir Kiyooki con su pregunta? Si fuera obligado aventurar una conjetura, habría que pensar que estaba intentando decir que no tenía interés por nada en absoluto. Se consideraba como una espina pequeña y ponzoñosa clavada en la mano de su familia. Y este sino, sencillamente, le había sido cargado sólo porque había adquirido una elegancia y educación algo más refinadas. Sólo cincuenta años antes, los Matsugae habían sido una familia samurái recta, y nada más, llevando una sencilla vida en provincias. Pero en un breve período de tiempo su fortuna había aumentado. En tiempos de Kiyooki las primeras trazas de refinamiento amenazaban adueñarse de una familia que a diferencia de la nobleza cortesana había disfrutado siglos de inmunidad al virus de la elegancia. Kiyooki, como la hormiga que presiente la inun-